Partir del pensar

La frase dada: "Solo conoces realmente a alguien si ves hacia dónde puede cambiar y aún l@ eliges".

Lo primero es entender que no es una frase romántica, es una frase sabia y realista. Conocer no es solo el pasado o el presente, es la dimensión del potencial futuro. Es ver sus direcciones posibles, sus luces y sus sombras en evolución. La elección entonces es un acto de amor consciente: elegir, de manera continua, a una persona en su totalidad, incluyendo su futuro incierto. Es una apuesta informada y valiente.

Pero entonces el pensamiento se pregunta: ¿cuál es el límite de esa elección? Y surge la radicalización:

> *"Si te ves en todos los modos posibles pero estando con la persona una vez elegida, no importan los modos absolutamente cualquier modo entra."*

Esto ya no es elegir "a pesar de". Esto es la elección como un marco ontológico que lo absorbe todo. Es la creación de una realidad cerrada donde la alternativa de "no estar" deja de existir. La persona no es amada por lo que es, sino por el hecho fundamental de que es, y de que ha sido elegida. Todos sus cambios son solo el clima dentro del territorio del "nosotros". Es la ofrenda de la eternidad: "Así vería alguien a quien le daría mi eternidad con ella, no habría por qué pensar de otro modo."

Aquí, el amor se convierte en el fundamento de la realidad compartida. Es un "eterno sí". Es la forma más pura de pertenencia mutua.

Pero inmediatamente, el pensamiento choca con la fisura, con la otredad. Porque ese universo se construye sobre una promesa dual.

> *"Claro eso es de mi lado, depende del otro..."*

¿Y si el otro no vive su cambio dentro de ese marco? ¿Qué pasa si su cambio es precisamente el que destruye el marco?

Entonces aparece la fractura:

> *"En algún momento deja de ser y se convierte en alguien que sé quién es pero no conozco. Su pasado conmigo fue y es, pero esa persona se quedó en esos momentos. La actual estaría fuera de ellos porque salió por ella misma."*

La persona-pasada, la que compartió la promesa, permanece en la memoria y en la lealtad de quien eligió. La persona-actual, que actuó en un modo que rompió el "nosotros", se vuelve una desconocida. Es un extraño que lleva su rostro.

Y surge la sensación de traición no solo afectiva, sino existencial:

> *"Mintió sobre los posibles y actuó en el actual."*

No es que mintiera deliberadamente, sino que su evolución reveló que el potencial compartido —sobre el que se basó la elección absoluta— no era auténtico, o fue invalidado. Su cambio negó la posibilidad misma del marco.

El dolor resultante no es solo por la pérdida. Es el colapso de una realidad:

> *"La que se queda es la pasada en mí, pero la que se va es una desconocida."*

Es un duelo por un universo completo que fue ofrecido, aceptado y luego demolido unilateralmente. Es la carga eterna de lealtad a un fantasma. Es la vulnerabilidad extrema de haber amado no solo lo que alguien era, sino todo lo que podría ser, cuando ese "podría ser" toma un camino que te excluye.

El pensamiento, al recorrer este camino, revela la paradoja última. La frase inicial es un ideal de conocimiento y compromiso profundo. Pero en su ejecución máxima, se topa con la soledad radical de la conciencia. Puedes ofrecer tu eternidad, puedes incluir todos los futuros en tu amor, pero no puedes obligar a la otra conciencia a permanecer en la realidad que fundasteis juntos.

Así, el pensar fluye de la definición más elevada del amor —como elección consciente del potencial ajeno— a la tragedia de su límite: que la misma libertad que permite el cambio glorioso es la que permite el cambio que desgarra. Partir del pensar es seguir esta línea sin concesiones, desde la cima del ideal hasta el suelo desnudo de la pérdida, viendo que en el mismo acto de conocer y elegir radica tanto la plenitud como el riesgo de la ruina.